

## ESTAMPAS LERINESAS

TOMÁS YERRO VILLANUEVA

Nacido el año 1950 en Lerín (Navarra), el pueblo natal del filólogo Amado Alonso, en las páginas que siguen evoco el ambiente vivido durante mi infancia y adolescencia en diversas esferas de la vida: el sistema escolar, los juegos, la presencia de los seminaristas y los pregoneros.

Aunque el doctor Alonso murió en 1952, tengo la certeza de que sus experiencias de niño a comienzos de este siglo y las esporádicas visitas a su Lerín en la posguerra le hicieron ser protagonista y testigo asombrado de algunas escenas aquí descritas. Al fin y al cabo, hasta los años 70, los pueblos españoles, y los navarros en particular, ofrecían a sus habitantes un clima más cercano a la España decimonónica que al país democrático de las futuras autonomías.

Por ello, estas estampas lerinesas constituyen un homenaje al Profesor Alonso, cuya vida y obra me fueron reveladas por primera vez, con verdadero fervor, por su sobrina doña María Ángeles Alonso. La sobrina maestra que con el nombre de “Doña Angelita”, entre los ocho y los once años, me enseñó como nadie a amar el idioma castellano y sus misterios.

### 1. DE UN OLVIDADO DIARIO

18 de enero

Esta tarde he visitado a la abuela Javiera. Después de darme dos besos y la paguilla, me ha preguntado cómo me porto en la escuela, si me llevo bien con los compañeros.

– Don Enrique es un gran maestro, un santo, ya lo decía tu abuelo Tomás, que en gloria esté.

Ya, ya, menudo santo. Si le llego a decir que ayer me soltó un soplamocos por no saber el nombre de la nueva capital de Brasil, ni se lo cree. Hay que ver cómo chochea esta abuela viejica.

Sentada junto al hogar, leía, como siempre, el Año Cristiano, el libro que cuenta la vida de todos los santos. Al menos eso es lo que ella suele decirme. Le he pedido que me deje ese libro algún día. Me gustaría leer a mis anchas las historietas de emperadores, cristianos y fieras en el circo. La abuela dice que nones, que una cosa es contarlas como ella hace conmigo y otra muy distinta leerlas yo con todo detalle.

– Cada cosa a su tiempo, chiquito. ¡Menudas pesadillas ibas a tener por la noche!

21 de enero

– Riada como ésta no se había visto en la vida –dijo ayer mi padre a la hora de cenar, con cara de pocos amigos.

Al salir de la escuela –¿por qué tendremos que aprender los quebrados?–, toda la pandilla nos hemos asomado al balcón de La Peña para ver el agua. Lo menos hay un kilómetro de carretera inundado. El Angelmari ha dicho que mi padre no fanfarroneaba y que, sin ir más lejos, ayer mismo un tío suyo, “El Pantera”, tuvo que cruzar el puente en su burro con el agua cubriéndole hasta la barriga.

Manolo, el chulo de él, me la tiene jurada. Desde que hace unos días le pegué con una tiza en la oreja, no para de incordiarne. No es para tanto. Menos mal que esta tarde me he agachado a tiempo en la plaza, que, si no, me destroza el cogote. La piedra llevaba dinamita.

29 de enero

La abuela, por culpa de un fuerte catarro, no ha podido venir hoy a mi casa. Quiere que me acerque a verla mañana. Quizá me aguarda una buena sorpresa de cumpleaños.

– Señora Blanca, el moscatel está mucho bueno –le ha dicho el bestia de Carlos a mi madre cuando iba por la tercera copilla y después de haberse zampado un montón de pastas–.

Hay algunos que comen como caballos.

A mí esto de los cumpleaños me da un poco de vergüenza. Que los amigos vengan a casa, vale. Pero no me gusta nada saber que el maes-

tro te pregunte ese día, delante de todo el mundo, si sabes la vida de tu santo. Jesús, Jorge y otros compañeros de clase lo tienen bastante fácil. Pero yo me armo un lío tremendo con tanto santo Tomás: que si el apóstol, que si el de Aquino (¿no será el de allá?, me ha preguntado don Enrique queriéndose hacer el gracioso), que si el de Villanueva, que si... El párroco, don Babil, suele decirme que no me puedo quejar por falta de santos.

De tía Encarna, mejor no acordarme. Por poco me ahoga, con tanto beso y abrazo.

3 de febrero

Qué bien se ha portado la abuela. La ha debido de convencer mi padre. Hace unos días no quería dejarme ni un solo libro del Año Cristiano y hoy me ha dado permiso para estar dos horas, a solas, en la biblioteca del difunto tío Miguel.

He empezado a contar los libros, pero, como había tantos, me he cansado pronto y lo he dejado. A lo mejor hay tres mil, o más. Tendré que preguntárselo a la abuela.

Después de manosearlos un buen rato, y con las manos manchadas de polvo, le he echado la vista a un libro muy viejo que traía muchos dibujos y muy bonitos. Se titulaba «Hidroterapia moderna». Como a la gente le dé por remojarse el culo y los pies en las palanganas a todas horas, como hacían los hombres y mujeres del libro, se le va a acabar el negocio a don Francisco el médico. He leído algunas frases sueltas, pero no he entendido casi nada, ni media palabra.

De los muchos libros que esta tarde he tenido en mis manos, uno de la Virgen de Lourdes es el que más me ha convencido. Nunca había visto un libro como éste. Las letras, tan grandes como las de los misales de la parroquia; los dibujos, bonitos y muy complicados y, encima, las tapas de piel y con letras de oro. A lo mejor me camelo a la abuela un día que esté a tempero y me lo regala.

– ¡Hala! baja ya, que te vas a dejar la vista en los libros –me ha gritado la abuela desde la cocina–. El día que quieras, te vienes y los ves todos. Venga, venga, que ya es hora de cenar y tu madre estará intranquila.

Me ha partido por el medio, justo cuando estaba repasando un libro con muchos dibujos de barcos y piratas. Otro día será.

Mi madre, siempre con la misma murga: –No comes para lo alto que estás. Luego querrás ir a jugar al balón o a las eras, que sabe Dios lo que haréis por esos andurriales.

15 de febrero

–¡No leas tonterías, chaval! –me ha respondido don Enrique a la hora del recreo–. Más te valía estudiar Matemáticas, que buena falta te hace.

Me ha dejado chafado como un flan. Yo creo que ésas no son formas de contestar. Porque faltar, lo que se dice faltar, yo no le he faltado al respeto ni le he dicho ninguna burrada. Vamos, decirle a ver qué le parecía *La Isla del Tesoro* no creo que sea para tanto. Tengo que leer ese libro. ¡Ah!, se me olvidaba. Por fin la abuela ha consentido que lo sacara de uno de los armarios y que me lo llevara a casa. Se lo ha pedido mi padre. Le ha debido de dar pena enterarse de que yo llevaba casi diez días en cama por las anginas dichas y con fiebre.

– Vaya, vaya con el chico. Además de travieso ahora nos ha salido literato –he oído que le decía anteayer don Manolo el practicante a mi madre–.

Literato no sé, pero lo que es médico o practicante, seguro que no. ¡Qué pinchazo me ha dado el muy cabrito! Habla que te habla con mi madre, y a la inyección ni caso. Una vez le oí decir a mi padre que don Manolo en la guerra ya llevaba fama de bestia. Anda pues, que se dedique a veterinario.

28 de febrero

Les he dicho a mis amigos que no me encontraba todavía muy bien, que no quería ir a las eras a jugar a luchas. Si les suelto que estoy terminando de leer un libro muy divertido, el más divertido que he leído hasta ahora, no se lo iban a creer. Y para colmo se iban a reír.

El otro día busqué en el diccionario la palabra BUCANERO: “Ladrón que anda robando por el mar”. Y, más abajo, decía también: “Sujeto cruel y despiadado que no se compadece de los trabajos de otro”. La verdad es que, aunque me gusta mucho, estoy hecho un lío con esta novela. Los piratas de la “Hispaniola” me parece que no son tan malos como los pone mi diccionario. Y el inválido John Silver, ni hablar: da gusto verlo cómo corre por cubierta o en tierra. Menos mal que este cua-

derno no lo lee nadie, que bien escondido lo tengo debajo del colchón. Por eso voy a decir lo que siento de verdad: si murieran mis padres, no me disgustaría tener por amigos a Jim y al cocinero. ¡Vaya tíos!

1 de marzo

Después de todo, la cosa ha quedado en cuatro coscorrones y unos gritos. Sí, lo reconozco, no tenía que haberlo hecho. Pero esta vez no he podido resistir.

– Desde luego, no puedes quejarte –me han consolado los amigos–. Ya sabías cómo se las gastaba este maestro.

En vez de copiar la lección de Historia de la enciclopedia Álvarez, me he dedicado a leer. A leer la novela, claro. “Los males nunca vienen solos”, suele decir mi abuela. Y qué razón tiene. Encima de no copiar toda la lección en el cuaderno, se me ha caído un borrón descomunal en mitad de la hoja. Con estas plumillas, ya se sabe. Ayer por la noche me quedé en la parte sexta, cuando no se adivina quién va a descubrir el tesoro del capitán Flint. Desde luego, sí que me he enterado del final de la novela, pero vaya susto. Mis padres no saben nada de lo de la escuela.

Mi hermano Josemari se ha puesto malo con la gripe. Quiere que le deje algunos tebeos míos. Mi madre dice que, si saca los brazos de la cama, se va a poner peor. Me ha venido de maravillas lo de mi madre, no me apetecía dejarle los últimos números de “El Capitán Trueno”.

12 de marzo

Mi padre se ha dejado caer, como quien no quiere la cosa, que en Pamplona hay un colegio muy bueno, según le ha dicho don Francisco. Como no espabile, para el año que viene ya me veo en uno de esos internados como en el que está un hermano de Angelmari. Y todo por ser un idiota. ¿Quién me mandaría a mí contestarle así a la inspectora? El asunto ha sido sonado en la escuela. A mí, plin.

A esa mujer la había visto un par de veces y me caía bien. No sé por qué, siempre estaba riéndose. Me acuerdo que hace dos años entró en clase cuando “El Pecas” estaba encendiendo la estufa y no había forma, como de costumbre. Había mucho humo y la señora no hizo ni pisar la clase. Abrió la puerta, sacó un pañuelo del bolso y se puso a toser y llorar como una loca.

El año pasado la visita fue mejor. El numerito salió casi redondo. Cada uno de nosotros tenía que aprenderse de memoria una lección “por si a la inspectora le da por preguntar”, decía don Jesús. A mí me tocó, me acuerdo como si fuera ahora mismo, Asia. Y qué mala pata, ¡zas!, la inspectora me preguntó. Me la sabía de memoria: cabos, golfos, cordilleras, países, capitales, todo. La cosa iba bien hasta que se torció con los ríos. Cuando dije lo del Bramaputra (o diría otro nombre distinto, no sé), don Jesús me lanzó una mirada de asustar y la inspectora se echó a reír. Me puse más colorado que un tomate, empecé a sudar y desde ese momento no di pie con bola. Al acabar la clase (a Juanito le tocó lo del sacrificio de Isaac y su padre Abraham, que le salió bordado), la inspectora nos felicitó, lo que son las cosas, por haber estudiado tanto. Luego, para terminar su discurso, porque hablaba como el cura en el púlpito, más tiesa que un ajo, nos dijo no sé qué de hombres de provecho. Pero para entonces casi ninguno le hacíamos caso. Un poco antes acababa de decirnos que por la tarde no habría escuela.

16 de marzo

– El año que viene irás a estudiar a Pamplona.

Mi padre me ha soltado la frase igual que si me lanzara una pedrada, como la de Manolo, a la cabeza. Al final don Enrique se ha salido con la suya, pero esta vez me las paga. Ya lo creo que me las paga.

– Comprended que no se puede poner en ridículo a un maestro delante de la inspectora.

– Claro, claro, tiene usted razón, don Enrique, y que lo diga –le ha contestado mi madre mientras me miraba con ojos un poquillo llorosos–.

– ¿Tanto le hubiera costado al chico decir el título del libro que estaba leyendo estos días? Pues no, además de no contestar a la pregunta de la inspectora, va y le dice, enseñándole la obra que tenía escondida en el pupitre, que estaba leyendo aquella novela de la que su maestro, yo, vamos, le había dicho un día que se trataba de una tontería. Cuando se pierde el respeto... Vamos, que no se puede consentir ese descaro. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Jim y Silver, menuda faena me habéis jugado.

Al salir don Enrique de mi casa, me he subido a escape a mi cuarto y aquí estaré hasta que pase la tormenta. Me figuro que mi hermano todavía estará echando más leña al fuego con mis padres.

## 2. LA GEOGRAFÍA DEL JUEGO

Para los niños lerineses de los años 50 (y nada se diga de sus padres y abuelos), la técnica del urbanismo era una realidad desconocida por completo. En sus mentes no entraba la idea de que el espacio del pueblo pudiera ser acotado rígidamente en parcelas destinadas a funciones específicas: viviendas, locales de trabajo, establecimientos para el ocio, redes de circulación, etc. Al margen de ordenanzas municipales, todo el pueblo constituía un inmenso escenario indiscriminado para la esencial actividad infantil: el juego. La inexistencia de televisión, clubes recreativos y tiendas de chucherías, quién lo iba a decir, lograba dicho milagro.

La PLAZA era lugar de cita obligada durante todo el año. A la sombra de la iglesia transcurrían las horas sin darse cuenta. Cuando el mal tiempo impedía salir al aire libre a bailar la trompa o corretear jugando al escondite, al marro o al que-te-pillo, el pórtico ofrecía hospitalidad barata. Entre losas y picas se celebraban singulares cabalgatas de monquica-moncayo o interminables partidas de chivas (los finolis de ciudad decían “canicas”). Nunca se descubrió la identidad del artista de la gubia, autor de un pulido gua excavado en la piedra, improvisado urinario en más de una ocasión. Arruinarse a las chapas en una tarde dominguera (¡qué pericia arrimando las rubias al poyo!) resultaba menos traumático que hacerlo en el casino de Montecarlo: al infortunado jugador siempre le quedaba el consuelo de los auxilios espirituales del santo rosario o la misa vespertina de los esparragueros. Muchos lerineses guardan todavía vivos recuerdos, más de escaladas y persecuciones alrededor del quiosco que de armonías musicales. Además de razones urbanísticas, a la desaparición del monumental templete debieron de contribuir los lamentos de muchas madres ante los arañazos, brazos y codos fracturados de sus hijos.

En la PEÑA se localizaban varios de los lugares más lúdicos. En el frontón viejo se crió una nutrida cantera de pelotaris y atletas en general: correr hacia el Paseo o el Fuerte en busca de la pelota, lanzada a menudo con más violencia que tino, suponía un entrenamiento disciplinado y provechoso. Las correrías por el Fuerte en ruinas poblaban la imaginación de los jovencísimos émulos del Jabato, Capitán Trueno y Guerrero del Antifaz. En el fragor de los combates, el eco de la exótica cascada procedente de los depósitos de agua evocaba las selvas de Tarzán. El Paseo, cargado de erotismo por su apartamiento, carencia de

alumbrado y cercanía al baile de los mayores, era muy frecuentado de día por los deportistas del aro, que se servían de todas las calles –aún sin agobios de tráfico– como verdaderas pistas de competición. Vocaciones de alpinistas y espeleólogos se fraguaron en escaladas y descensos escarpados hasta las cuevas de la Virgen Blanca. El túnel que comunicaba una de ellas con la parroquia (al menos eso aseguraban los expertos) jamás pudo ser íntegramente recorrido e inspeccionado por aquellos exploradores por falta de material adecuado, que no de ganas ni audacia.

En el extremo opuesto de la villa (porque Lerín, como nos enseñaban los doctos maestros con noble orgullo, era una villa), los PORCHES ejercían una fascinación permanente. No en balde estaban pegados a las escuelas y de allí arrancaba el cordón umbilical que unía el pueblo con la civilización. La ceremonia de despedir el autobús de “La Estellesa” o dar la bienvenida a “El Ega” se transfiguraba en una fiesta cotidiana de seguridades (“¡Ahí va, pero si es la señorita Javiera!”) o salteadas esperanzas en forma de tostones y caramelos traídos por la madre desde Calahorra o Estella, ciudades tan lejanas como misteriosas. En primavera, las acacias aportaban sombra a los jubilados y serios disgustos a las fuerzas municipales del enigmático “O.P.” en las gorras. Sus nutritivas “alpachichas” eran pasto de voraces criaturas, insatisfechas a pesar de la leche en polvo y queso americanos ingeridos en las aulas. El Yerbín, encerrado privilegiadamente entre las escuelas y la casa de la señora Antonia, era lo que hoy se suele llamar –con notable pedantería– zona de usos múltiples: basurero de escorias de las estufas escolares; colchoneta de revolcones y acrobacias; en días de lluvia, campo de pruebas para futuros ingenieros de caminos, canales y puertos; y, como lo cortés no quita lo valiente, servicios públicos. Las necesidades impuestas por el tráfico rodado borrarón del mapa lerinés uno de sus más preciados edenes.

Los PINOS y los terrenos colindantes ofrecían un repertorio variado de distracciones. El atleta en ciernes, el espadachín, el cazador de nidos y el futbolista encontraban en aquel paraje cancha ideal para sus aficiones. Acaso como eco de las misiones predicadas años atrás por el Padre Langarica (muy comentadas en las casas y en la catequesis), ciertos chicleos cultivaban su espíritu realizando penosos vía crucis hasta el alto del Pinillo después de haberse transformado por unas horas en ilusionados mosqueteros. Desde la cima la mirada se dirigía limpia hacia las Zorreras, tradicional cementerio de animales, donde no era infrecuente practicar autopsias delicadas en los despojos de las caballerías, en lucha denodada, a veces, contra las aves carroñeras. Sin saberlo, futuros biólo-



gos, veterinarios e incluso médicos locales, velaban en las Zorreras las primeras armas de la profesión.

Para combatir el hastío y el calor del verano, el PUENTE de la Cadena era el sitio ideal. Los improvisados flotadores de aneas ayudaban a los más inexpertos a surcar las profundidades del río Ega rumbo al Sodillo. La barca y los consejos de Venancio sacaban a los nadadores imprudentes de más de un apuro. Subir la Cuesta a pie tras el baño no desanimaba a nadie, aunque todos prefieran acceder, por el recién descubierto sistema de auto-stop, a las delicias del carro conducido por algún caritativo hortelano.

Y estaban las manzanas públicas de la carretera de Estella. Y los toboganes en cualquier pendiente. Y las eras con sus montañas artísticas de paja. Y...

### 3. CUERVOS EN EL ALERO

En el panorama histórico de la posguerra, y en concreto hasta finales de los años sesenta, la figura del seminarista representó un elemento consustancial del nacional-catolicismo. Las provincias españolas parecían porfiar entre sí para obtener las más brillantes clasificaciones en el *ranking* de la religiosidad, traducida ésta en el mayor o menor número de aspirantes al sacerdocio. Es sabido de todos que Navarra, desde la factoría-Seminario Conciliar de Pamplona, cosechó triunfos memorables en tan singular competición. Lo que quizá ignoren algunos jóvenes es que Lerín fue durante varios decenios, dentro del territorio nacional, la localidad de renta *per cápita* más alta en materia de producción seminarística y, por consiguiente, sacerdotal. Además, todavía le sobraban arrestos a “El Balcón de la Ribera” para, con la ayuda de noviciados esparcidos por toda España, proclamarse campeón en el *hit parade* de frailes y monjas.

Por aquel entonces la condición de cura y seminarista gozaba de notable prestigio social. Sin duda la palabra “vocación”, inherente al cargo, imponía respeto entre el personal de a pie. Resonancias religiosas, no económicas, cimentaban dicho reconocimiento, porque era de dominio público que los hijos de papá estudiaban en colegios de pago y no en seminarios o noviciados. Las familias solían presumir a costa del hijo o hijos seminaristas. Cualquier ocasión –la compra diaria, las reuniones con amigos y familiares– era idónea para recordar una vez más las excelencias del chico (“creo que en junio me traerá cinco sobresa-

lientes”), pregonar a los cuatro vientos la fecha de su inminente llegada al pueblo para pasar las vacaciones veraniegas, como si se tratase de la irrupción del Mesías, o alardear de que el mocete, todo un mulo, cada vez pedía más comida casera de repuesto.

Como es de suponer, la presencia de los seminaristas se dejaba notar durante los períodos de vacaciones: Navidad, Semana Santa y, sobre todo, el verano. No gozaban todavía, como otros estudiantes y soldados coetáneos, de regímenes de semiinternado, pases pernoctas ni rebajes de fin de semana. Comenzaba la vacación, Lerín se vestía de negro a causa de sus numerosos seminaristas. Negros jerseys. Negras chaquetas. Negros pantalones. Negras corbatas. Negros zapatos. Negros calcetines, y los alevines de cura –pantalón corto en ristre– hasta la rodilla, como medias de futbolista. Para resaltar más la fúnebre negrura del atuendo, camisa blanca.

El color betún se expandía enseguida por todos los rincones: iglesia, cine –¡parroquial, cuidado!–, calles, paseo, frontón (¡qué partidos aquellos de pelota a mano o a paleta en La Peña!). No obstante, varias zonas, recintos cubiertos y al aire libre, parecían tácitamente acotados para uso exclusivo de la clerecía. Los cánones eclesiásticos y ordenanzas municipales no prescribían qué bancos del templo tenían que ser ocupados por los neófitos del apostolado, qué butacas –llamémoslas así, ascendiéndolas de categoría, para entendernos– les estaban reservadas en el cine parroquial, ni qué recodos del Ega se juzgaban más inmunes a las calurosas tentaciones veraniegas presuntamente provocadas, en opinión de los curas, por los tres encarnizados enemigos del género humano: mundo, demonio y... carne. De todas formas, y por poner sólo un ejemplo ilustrativo, todo el vecindario reconocía en el remanso del Bernabé y sus riberas, contiguos a la bodega cooperativa vinícola, la región sagrada de los baños estivales del clero y afines; y nadie, salvo algún esporádico desaprensivo, osaba poner sus pies en aquel santuario de la naturaleza. Lo mismo sucedía en otros ámbitos de la vida cotidiana. Aquella especial conducta del pueblo con sus seminaristas –que, andando el tiempo, fue desvirtuándose como tantas otras cosas– era el fruto maduro del derecho consuetudinario, que dirían los juristas, esto es, la fuerza de la costumbre ancestral. Y, la verdad sea dicha, quizá también de los piadosos consejos de don Babil Muruzábal, insigne párroco lerinés, cuyo respetuoso tratamiento y exótico nombre afloraban con inusitada frecuencia y enorme brío en las conversaciones airadas de sus feligreses –seminaristas incluidos–, y no, por cierto, para invocar su protección.

Para un sector de vecinos, el estatus de los “cuervos”, que así se les llamaba popular y cariñosamente, era privilegiado, propio de señoritos de tomo y lomo. La cosa, sin embargo, no estaba tan clara y lo cierto es que existían muchos prejuicios sobre el particular. Disfrutaban de entrada gratuita al cine parroquial, con derecho a deleitarse en la española o mejicanada de turno, exceptuados los besos y otras variantes eróticas, que habían sido cortados de la cinta de antemano o borradas de la pantalla en plena proyección por obra y gracia de la teja de (¿lo adivinan?) don Babil. Sus baños fluviales eran recoletos e íntimos, lejos de miradas indiscretas. Y, en fin, se les trataba generalmente con respeto. Todo lo dicho podría aplicarse igualmente a un *gentleman* inscrito en un club privado. Sin embargo, en justa contrapartida de tales favoritismos públicos, trabajaban como cada quisque con sus familias cuando las faenas agrícolas urgían, circunstancia habitual en el verano. Además, había que regar por riguroso turno, eso sí, los recién inaugurados jardines parroquiales de El Pintado. Asimismo, y a diferencia de las cuadrillas de mozos, los bailes del Centro y del Chino –no los veían ni en pintura– les estaban severamente prohibidos. Más de uno de aquellos esforzados titanes de la fe tenía que hacer de tripas corazón reprimiendo sus juveniles impulsos o sentimientos ante las guapas lerinesas: toda la marea quedaba reducida a castas miradas furtivas y platonismos de adolescente. Ni qué decir tiene que tan variadas actividades (échese discretamente tupido velo sobre el obligado estudio de quienes recolectaron calabazas en junio) se realizaban cuando la escrupulosa y ejemplarizante asistencia a los oficios del culto lo permitía, y ésa sí que era una continuada disciplina de atención preferente. Misas de todas las especies, funerales, rosarios, novenas, triduos, procesiones, rogativas, auroras, exposiciones del Santísimo, la liturgia católica prevaticana al completo en suma, eran engullidos con resignación cristiana de vacas sagradas por aquel ingente tropel de jóvenes devotos por profesión.

A pesar de ser fatigosas y aun agotadoras varias de las ocupaciones mencionadas, el espíritu sensible de aquella muchachada experimentaba para sus adentros una profunda discriminación, y, mira por dónde, aquélla sobrevenía en las fiestas patronales. En la directa vivencia de los festejos el alma de los servidores del Altísimo hubiera corrido el grave riesgo, según la muy autorizada opinión de sus confesores, de sucumbir ante las más pecaminosas tentaciones. En vista de ello –a la fuerza ahorcán–, nada tenía de sorprendente que la vida de diversión de los seminaristas, más testigos que actores de fiesta, revistiese los rasgos propios

de un grupo social segregado, aunque distinguido. En el fondo, eran tímidos y a veces timoratos a su pesar.

Acaso en legítima compensación de las susodichas privaciones y decepciones íntimas, los seminaristas gozaban de un curioso fuero, restringido a las fiestas en honor de Nuestra Señora de la Asunción: la posibilidad de presenciar todos los festejos taurinos celebrados en la Plaza Mayor –verdadero foro de aquellas jornadas– desde la magnífica balconada de la casa parroquial. Aunque sólo por unos días, los más engreídos seminaristas, que también los había de esa índole, se codeaban de tú a tú con autoridades civiles y militares, maestros, funcionarios municipales, invitados ilustres y, por supuesto, curas y frailes nativos procedentes –no es exageración– de los lugares más remotos del globo terráqueo, además de los consabidos coadjutores y párroco locales. Aquello era el escaparate machista (monjas y novicias, abstenerse) de las fuerzas vivas del pueblo. Para la mayoría, más sencilla y pragmática, lo que de verdad valía la pena era la huida de los empujones, pisotones y codazos propios de las barreras y tablados instalados por el Muy Ilustre Ayuntamiento. La visión era perfecta, así es que miel sobre hojuelas. Sin embargo, antes de acceder al palco de honor, el sufrido seminarista debía recorrer una dilatada, oscura y sacrificada senda de penalidades. Alternar con el alcalde o el párroco a la vista de la concurrencia significaba la culminación de las vías transitadas por los místicos en su búsqueda afanosa de Dios. El arribo a la meta exigía una estancia previa en el purgatorio. El ascenso en el escalafón –retomemos el asunto en sus justos términos– se iniciaba en las alturas de la casa parroquial, no en los bajos del bendito “Vaticano” ni mucho menos en la planta noble. Las localidades del coliseo parroquial solían ser incómodas, a qué negarlo, pero el buen aficionado taurino disponía de una oferta plural y, para colmo, gratuita.

Casi bajo las mismas tejas, empotrado en la arquitectura de la fachada parroquial, muy próximo al coro y a la ocasional enfermería del coso, un soberbio palco en forma de media luna se abría a la plaza sobre la misma vertical de la puerta de toriles. En este imponente espacio el imberbe seminarista compartía de pie apretujones, señorial compañía y amena conversación con monaguillos, sacristanes (¡el inolvidable señor Francisco Villanueva, que en paz descanse!) y una nutrida embajada de damas y caballeros comisionada por la Adoración Nocturna, Acción Católica, Cursillistas de Cristiandad, Hijas de María y demás cofradías y asociaciones pías de la villa. Para que luego voces

maliciosas vayan explicando por ahí que la coeducación estaba rigurosamente prohibida en aquellos años. Por la cercanía al gallinero y palomar del párroco, los alterados quiquiriquíes y zureos de variopintas aves domésticas, mezclados con la música interpretada por la Banda Municipal bajo la sabia batuta del maestro Ramos y la algarabía y griterío ascendentes del ruedo y tendidos, conseguían en aquella platea acordes de refinada polifonía, capaces de satisfacer a los más exigentes melómanos. Los más finolis, ingratos, se quejaban de malos olores.

Mejor suerte corrían, al menos en independencia personal e higiene, quienes contemplaban la función desde otro ángulo: las ventanillas de los desvanes y graneros situadas en el piso más alto de la fachada principal de la casa, justamente encima de la tribuna presidencial. Lo grave del asunto era que, al haber siempre más burros que pesebres, se imponía la equitativa distribución del poco espacio disponible entre dos o más candidatos. Los estiramientos suicidas del cuello, las apreturas y la penitencia de las rodillas desnudas contra el áspero suelo de yeso o el alféizar de la ventana formaban parte del obligado tributo. Los más audaces emulaban las gestas de Pinito del Oro desfilando sin red por la irregular y estrechísima cornisa del tercer piso, ubicada a los pies de las citadas ventanillas, en busca de duro ladrillo, refugio de jóvenes posaderas, y movidos por la estimulante recompensa de no sufrir aprietos de ninguna clase una vez instalados en su particular asiento. Aquellos intrépidos equilibristas no concedían la más mínima importancia a las recriminaciones surgidas del balcón inferior o a la minucia de romperse la crisma en un falso movimiento de los pies. La ira de las autoridades, principalmente civiles, se elevaba a los cielos a menudo –y de paso repostaba en la cornisa– cuando algún aburrido seminarista (en algo hay que entretenerse, pensaría el interesado) se libraba del tedio producido por el escaso trapío de alguna vaquilla haciendo diana en la calva de algún concejal con pipas, cáscaras de cacahuete y otras chucherías al uso. Lenguas viperinas aseguraron que en su día cierto alcalde sufrió en su persona la oprobiosa afrenta de la incontinencia urinaria de un anónimo muchacho instalado en graderío de voladizo. Nunca pudo probarse, pues las versiones diferían, la veracidad de tan húmedo incidente.

Superadas las fases descritas, al piadoso adolescente, que para aquella efemérides rondaba ya los dieciséis años de edad –todo parecía tener las trazas de meticulosos ritos de iniciación–, se le abrían las puertas de la Gloria (perdón, del balcón). Al principio, las comodidades de la balconada –visión panorámica y total, libertad de movimientos y, con suerte,

hasta silla— redimían con creces el calvario de años pretéritos en el piso superior. Aun así, conforme pasaba el tiempo, cualquier curioso vecino podía comprobar que los cuervos formaban de hecho un gueto dentro del larguísimo balcón. Arrinconados en el lado más próximo a la calle de Jesús, sólo charlaban entre sí o, en el mejor de los casos, tenían que soportar las impertinencias e indiscretas preguntas de algún cura ejerciendo de pastor de almas hasta en la capea (o, a lo mejor, precisamente por ello). Incluso los seminaristas de más edad y rango, los teólogos, miraban al resto de sus colegas por encima del hombro. A la larga, la ansiada experiencia de la tribuna preferencial se convertía en frustrante para los entusiastas de la exhibición. Y, quién más quién menos, todos añoraban el gallinero, la ventanilla o la cornisa: allí arriba nadie controlaba a nadie y no había tampoco razones para guardar la compostura.

Desde aquella época ha llovido bastante. Nuevos modos y modas sociales han barrido casi por completo la menuda historia local rescataada en estas páginas al hilo de la caprichosa memoria. En su gran mayoría, los antiguos cuervos emprendieron la aventura de una novedosa emigración, de la que al cabo de los años han ido retornando a sus nidos de origen, pero transfigurados ahora en honrados padres de familia, psicólogos, periodistas, visitantes médicos, profesores, economistas, catedráticos, abogados, funcionarios o ediles municipales con bastón de mando. Debe de ser la natural evolución de las especies darwiniana o en nuevo signo —¿inexorable?— de los tiempos.

#### 4. PREGÓN DE PREGONEROS

Por profesión y vocación, a lo largo de los años uno ha compuesto trabajos literarios de muy diversa índole. Sin embargo, el género del pregón —navideño, para más señas— no figuraba hasta la fecha en su repertorio. Vaya, pues, por delante esta confesión para evitar comparaciones enojosas y, sobre todo, para manifestar que acepté tan hermoso y honroso encargo movido por la simpatía hacia la ciudad de Sangüesa, la admiración hacia su «Misterio de Reyes» y la amistad del sabio Juan Cruz Labeaga.

Criado y educado hasta los doce años en un pueblo de la Ribera de Navarra, Lerín, guardo vivo el recuerdo del pregonero municipal anunciador de las últimas novedades del comercio local y de importación. Los precios de la anchoa, la sardina y el chicharro eran los más aireados por las pescaderías. Los melones, las sandías, las lechugas, las lentejas,

los garbanzos, las naranjas, las mandarinas, las alcachofas y los cardos de Peralta figuraban entre los alimentos más publicitados.

En las amas de casa y en los niños ejercían un hechizo especial, aunque por motivos diferentes, los vendedores ambulantes foráneos, cuya llegada era difundida por el pregonero a golpe de corneta con una intensidad y reiteración inconfundibles y el consabido “Ha llegado a los Porches del Ayuntamiento...”. Entre los ambulantes, había algunos dedicados a la venta especializada en calzado, pollos, fruta, mantas, cacerolas, huevos, etc.

Para mí, los vendedores más fascinantes eran los que en un abrir y cerrar de ojos sacaban de destartados vehículos mercancías de lo más variopintas: cardos, bragas, pastillas de jabón Chimbo, castañas, sábanas, albarcas, botellas de lejía, tomates, turrone, cuerdas, especias, combinaciones de señora y un sinfín de sorpresas.

La figura de “El Quico” de San Adrián se me representaba –aspecto risueño, voz cantarina y buzo azul– como la de un mago capaz de cargar en su camioneta de un verde descolorido, parecida a las militares, un muestrario casi inabarcable de productos; capaz de pesar la fruta en una romana a una velocidad de vértigo; capaz de hacer las cuentas sin recurrir al papel ni mucho menos a la calculadora; y, prodigio de los prodigios, disfrutar del don de la ubilocuencia, dada su capacidad para sostener conversaciones simultáneas con varias clientas bullangueras de exigencias comerciales múltiples.

En cambio, el zapatero de Calahorra presentaba un porte alicaído: el de un hombre cuarentón, delgado en extremo, con una cara angulosa y ultrapálida, sobre la que reinaba un bigote descomunal. Su contemplación despertaba en mí un vago sentimiento de compasión: no sé por qué, imaginaba que el negocio no le debía de ir muy bien, que su salud, afectada por el trabajo al aire libre, estaría muy quebrantada y que, seguramente, su hija pequeña –me gustaba imaginar que tenía una hija pequeña y con anginas– le echaría de menos en sus prolongadas ausencias comerciales por esos mundos de Dios. Desde luego, no podía ser mala persona aquel calahorrano que, sin conocer a las clientas y sin ninguna clase de fianza, les permitía llevarse el calzado a domicilio para que lo probasen sus maridos recién llegados del campo.

Estos y otros personajes semejantes eran habituales en el paisaje rural de la Navarra de los años cincuenta, mucho antes de que, incluso en poblaciones pequeñas, se generalizaran los multitudinarios mercadi-

llos a imitación de las ferias y mercados más tradicionales. Los vendedores ambulantes frecuentaban los pueblos (mi pueblo) durante todo el año, pero en mi caprichosa memoria van asociados a la época invernal y, más en concreto, a las fiestas de Navidad. Por esas fechas, las madres hacían acopio excepcional de provisiones en forma de naranjas, pollos vivos, castañas, cardos, turrónes, algún cuarto de cordero y, con suerte, hasta besugos.

Los vendedores forasteros están conectados en mi recuerdo a los dos pregoneros oficiales: Julio, de gesto adusto bajo su gorra de plato coronada por la misteriosa leyenda en letras metálicas y doradas, "O.P.", y Florentino, campechano y dicharachero, con una voz ronca de fumador y bebedor empedernido, que a menudo alardeaba de pregonar de memoria, sin ayuda de chuleta, los precios de una larga lista de primicias traídas por "El Quico" o el menú completo de la pescadería de "La Martina".

Julio y Florentino adoptaban una compostura más grave cuando convocaban a asambleas del Sindicato de Regantes, Bodega Cooperativa Vinícola "Virgen Blanca" o Trujal "San Isidro". Entonces, la corneta dorada emitía tonalidades menos chillonas de lo habitual, como asordinada por la presunta importancia de los severos órdenes del día que leerían a continuación.

Otra puesta en escena más teatral, la más teatral de todas, era la requerida por el anuncio de bandos oficiales, iniciados con el consabido y ritual "Por orden del señor alcalde, se hace saber que...". Yo no entendía muy bien qué significaban vocablos como "contribución" y "alegaciones", pero resultaba bonito el prolongado redoble de tambor en cada esquina, el corro de niños y mayores alrededor del erguido pregonero y los comentarios atropellados de los hombres.

Por mucho que hayamos vivido, las impresiones, emociones y conocimientos captados en la infancia dejan en nosotros el sabor indeleble de lo verdadero y auténtico. De ahí que mi aprendizaje del noble oficio de pregonero no posea otro fundamento que el universo infantil aquí evocado. Por ello, no les extrañe que mis pensamientos fluyan con torpeza, que mi pregón navideño no se ajuste a los cánones al uso, que mi texto se aproxime más al espíritu de Julio y Florentino que al de escritores o cantantes de campanillas que cobran pingües honorarios por redactar pregones oficiales con el pretexto de cualquier acontecimiento.

Esta noche no les voy a facilitar una exclusiva informativa, por pequeña que sea, como hacían mis pregoneros del alma: me limitaré a recordarles la inminente celebración de una fiesta de dos mil años de



antigüedad, la fiesta definitiva de la Navidad, que en las sociedades occidentales tiene un alcance superior a cualquier otra festividad.

La atmósfera de la Navidad, todos lo sabemos, propende a cargarse de acentos edulcorados y cursis, asociados a sentimientos tan nobles como la ternura, la solidaridad o la esperanza, exquisitamente envasados por los intereses comerciales de la sociedad de consumo. Como lógica reacción ante tales excesos, durante estos días no es extraño leer y escuchar, en los medios de comunicación y en los púlpitos, manifiestos un tanto apocalípticos en favor de la moderación, el sacrificio, la solidaridad y la transformación total de nuestras conciencias y conductas, como si esta titánica empresa pudiera lograrse en un tris y sólo con el pensamiento.

Con toda humildad declaro que ambas actitudes son, en sí mismas, radicalmente falsas. Unas y otras olvidan que nos hallamos ante unas fiestas de larga duración, favorecedoras de la convivencia familiar en el hogar en las sociedades tradicionales agropecuarias; que estas fiestas, de carácter religioso, hunden sus raíces en la tradición pagana; y que, por lo tanto, nada tiene de sorprendente la natural compatibilidad de tradiciones folklóricas –patrimonio en el que Navarra es comunidad privilegiada por su abundancia y variedad– con costumbres modernas impregnadas de reminiscencias ancestrales o del más fervoroso espíritu cristiano. Por ello, me parece que estas fiestas deben invitarnos a todos a practicar el saludable ejercicio de la tolerancia. ¿Por qué algunos califican de “desmadre orgiástico” el esparcimiento de la Nochevieja y olvidan, en cambio, que todas las sociedades necesitan, como válvula de escape, la suplantación por unos días del orden social establecido? ¿Por qué se admite con buenos ojos la filosofía del disfraz carnavalesco y se critica con acritud este enmascaramiento de la persona en un fecha como la Nochevieja, que invita precisamente al cambio y renovación interiores?

Doctores tiene la Iglesia para adoctrinar, así es que no seré yo quien desvíe mis reflexiones por la senda de la moral. En cualquier caso, quizá no esté de más subrayar la conveniencia de cultivar, pero no sólo en Navidades sino durante todo el año, los valores tradicionales relacionados con la estima del ser más que con la del tener, de los que tenemos significativas muestras en las recientes campañas y acampadas de jóvenes en favor de la cesión del 0,7 por ciento de nuestros presupuestos para los países subdesarrollados.

Me gustaría que al vocabulario manoseado de la Navidad, que incluye palabras como “champán”, “turrón”, “juguetes”, “Olentzero” o “Reyes”, se añadieran conceptos abstractos como cultura y concretos

como libro. Cuanto más aumentan las perturbaciones exteriores de la sociedad ajetreada, tanto más necesario se muestra el ejercicio íntimo de la lectura para lograr el mejor conocimiento de nosotros mismos, de los demás y de la sociedad en general. Por el contrario, qué gran noticia sería desterrar del diccionario navideño entradillas tan terribles como “terrorismo”, “paro”, “droga”, “sida” o “guerra”.

Hablar de Navidad en Sangüesa puede suponer, y mucho más para un forastero, un acto de lesa atrevimiento. Teorizar sobre las Navidades en una ciudad que desde principios de este siglo escenifica el “Misterio de Reyes” el día 6 de enero, sólo es admisible teniendo en cuenta el carácter acogedor de “la que nunca faltó”. En el texto del Padre José Legarda se perciben no sólo los lugares más comunes y encantadores de los episodios bíblicos, sino también el resumen de los grandes temas y sentimientos humanos, a saber: la esperanza, la duda, el misterio, la ternura, la maternidad, el odio, la venganza del poderoso, la persecución, el exilio, etc., que proyectan artística y orientadora luz sobre los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Por consiguiente, este auto puede contemplarse con la mirada religiosa y, por qué no, también con el espíritu laico de la persona interesada en las manifestaciones culturales de carácter popular cargadas de hondo significado.

Escribía en 1954 el poeta José Manuel Caballero Bonald: “Mi propia profecía es mi memoria: / mi esperanza de ser lo que ya he sido”. No creo que estos admirables versos respondan a una bobalicona y estéril nostalgia, sino más bien al deseo de fundar la madurez personal en las señas más auténticas y nobles del pasado infantil.

En el último recodo de este milenio, la aceleración de nuestra sociedad ultrabarroca, proclive a los grandes gestos, pone en circulación condicionantes mensajes de modernidad basados en la novedad de lo efímero. Por este motivo, con frecuencia olvidamos que nuestros proyectos personales y colectivos podrían encontrar un cimiento sólido en nuestro más noble pasado, hecho de pequeñas vivencias, de momentos irrepetibles, de actitudes de asombro e ilusión, esas que han movido siempre a la humanidad. Esas que, una vez más, dentro de unos días nos refrescarán los belenes, los villancicos, los olentzeros, los Reyes Magos, los árboles de Navidad y el mensaje vivificador de Jesús Niño. Y, por supuesto, los pegoneros de nuestra niñez.

Feliz Navidad. Zorionak.